

PREFACIO

VIVIR PARA CONTARLO

Luisa Valenzuela
Escritora

Una frase me interpela desde muy lejos en el tiempo: «De chiquilín te miraba de afuera». Del tango de Enrique Santos Discépolo solo hago mío el primer verso. Porque mi «afuera» no fue de exclusión; fue un afuera festivo, de independencia, de viva curiosidad por el «adentro» sin tener la menor aspiración a pertenecer. Solo colarme por los intersticios, no en vano un libro favorito de mi temprana adolescencia fue *The Outsider*, de Colin Wilson, gracias al concepto, si bien —debo reconocerlo— narra la vida de grandes escritores.

Qué palabra estupenda e intraducible: *outsider*. Me soplan foráneo, forastero. Afuereño, afuereña sería más afín a lo que quiero expresar, pero temo que sea un localismo.

El adentro me mi afuera era la casa de mi infancia, el reino de mi madre, la escritora Luisa Mercedes Levinson, Lisa para casi todos, famosa en su momento y eclipsada después de su muerte, como le sucede a tantas y tantos escritores de nuestra desmemoriada zona del mundo.

«Vivir para contarlo», propuse por título a mi presentación de clausura, porque ante el tema que nos reunió aquí y ahora, entendí —dados mis muy largos años— que yo había vivido de cerca las diversas etapas del famoso *boom*.

De cerca, sí, pero no tanto.

Juntos pero no revueltos, como se solía decir por mis tierras.

Así, en mi infancia, parte de lo que hoy llamaríamos el *preboom* se iba desarrollando literalmente a mis pies, no como metáfora vanidosa, sino como simple realidad.

Porque mi campo de juego era la terraza de la casa y los techos de las casas vecinas por los que me gustaba merodear con alma de gato. Mientras tanto en la planta baja (era una casa pequeña de esquina, estilo colonial, bastante antigua), en el salón y alrededor del hogar se reunía con asiduidad parte de la flor y nata de la literatura argentina.

Borges, Sabato, Mallea, Nalé Roxlo, Carmen Gándara, Ana Emilia Lahitte, Gloria Alcorta, José Luis Lanuza, Eduardo González Lanuza, ocasionalmente Syria Poletti, Silvina Bullrich. La enumeración es vasta, no quiero hacer de esto

una antigua guía telefónica, pero no puedo dejar de mencionar a Arturo Cuadrado, creador de la editorial Botella al Mar, y a un buen número de colegas suyos, brillantísimos exiliados españoles (Clemente Cimorra, Lorenzo Varela, entre tantos otros).

La aventurera de los techos descendía al atardecer, se mezclaba entre la concurrencia, hacía algún comentario a veces mordaz que era recibido con risas. A decir verdad, a lo largo de los años y de aquellas memorables veladas que se sucedían, siempre me sentí bienvenida; siempre observadora.

Eran los tiempos cuando Borges era Georgie y sus pares estimaban que él era un gran escritor para escritores y nadie fuera del ambiente literario lo comprendería jamás... Tiempos cuando Borges y Ernesto Sabato debatían calurosamente sobre «el arte por el arte o el arte dirigido» y triunfaba la posición borgeana del «arte por el arte» que excluía a la política, anatema para ellos de la buena literatura..., nada de «mensajes» en la obra literaria. Ernesto Sabato («Sabato, el rival de Borges», como anunciarían sus novelas años más tarde) no estaba de acuerdo. Lo bien que hacía, porque al final de nuestra atroz dictadura cívico-militar (1976-1983), Sabato habría de presidir la CONADEP, la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, que le abriría camino a los juicios a los implicados en el terrorismo de estado, y resaltaría la labor de las Madres de Plaza de Mayo.

Pero las incursiones a los techos tenían lugar a principios de la década de los cincuenta, muy *preboom*. Años complicados, sin embargo, y si cantidad de escritores y escritoras se reunían en casas particulares (y sobre todo en la de Lisa) era porque se sentían en la mira de primer peronismo y más valía cerrar las ventanas que dieran a la calle mientras se debatían temas intelectuales o se dictaba alguna conferencia.

Recuerdo también las largas y elaboradas discusiones sobre si había que escribir de tú o de vos. No necesariamente los españoles tomaban un partido y los locales otro. La mano venía mezclada. Hasta que, por unanimidad, al cabo de meses, se decidió que para la poesía se conservara el tú, dulce al oído, pero cuando personajes criollos dialogaban más valía que lo hicieran de vos.

¡Y a fines de los años cincuenta estalló la revolución cubana, y poco tiempo después hubo ese otro estallido que pasó a ser conocido como el *boom!*, con signo de admiración final, entiendo que gracias a Emir Rodríguez Monegal. Y con esta amalgama de acontecimientos maravillosamente disruptivos, nos alcanzó el glorioso concepto de latinoamericanidad que en mi Argentina natal teníamos muy pero muy desdibujado...

La influencia de Roberto Fernández Retamar y Casa de las Américas fue crucial para darle impulso a esta radiante movida. Desde Barcelona, Carmen Balcells, agente literaria por antonomasia, hizo lo suyo —que fue mucho y muy machista—.

Fue gracias al *boom* que la conciencia política entró con toda naturalidad en la literatura latinoamericana, no como mensaje directo y mal digerido, sino en tanto motor esencial de la vida humana y su literatura.

Por su parte, quien «vivió y sigue viviendo para contarlo» poco tiene para contar al respecto de ese preciso periodo. A sus veinte años ella, argentina, casó con un francés y partió a vivir a Francia.

No fue en el París de aquel entonces que conoció a Cortázar, ni siquiera a Emir Rodríguez Monegal, quien más adelante publicaría su cuestionada revista *Mundo Nuevo*.

Ella frecuentó a los flamantes creadores del grupo *Tel Quel*, gracias a Jean Cayrol en Éditions du Seuil, y a los autores del *nouveau roman*. Y gracias a Jérôme Lindon, director de Éditions de Minuit, persiguió sin jamás alcanzar la elusiva y tan admirada sombra de Samuel Beckett.

Pero la literatura francesa de esa época suena a material para otro congreso, si bien viéndola en perspectiva parecería tratarse de reverberaciones o emanaciones de aquel fenómeno latinoamericano que se realimentaba año tras año. No en vano Alain Robbe-Grillet y Michel Butor, los grandes del *nouveau roman*, fundadores del llamado objetivismo (que propuso crear a sus protagonistas diseñando apenas el entorno de una figura vacía), reconocían haber tomado la idea de *La invención de Morel* (1940), novela que podríamos considerar precursora del *boom*, en la que Adolfo Bioy Casares (Adolfito en aquel entonces) prefiguró la holografía.

EL ANTES Y EL DURANTE...

Fue al regreso a mi Buenos Aires querido, en 1973, que el deslumbramiento de *Rayuela* nos explotó en la cara.

Casi todas mis congéneres, coetáneas o no, querían ser la Maga, quien a decir de Julio Crivelli «simplemente juega a la rayuela y cree que puede llegar al Cielo. No quiere someter el devenir a la geometría, sino que ella se somete al Misterio de vivir, un flujo incesante, imposible de aprehender en el concepto o en la imagen. Vive en el aquí y el ahora, que son nuestro único infinito y nuestra única eternidad».

Yo, en cambio, quería ser Talita. Honrando mis incursiones por los techos vecinos habría surcado con soltura los flojos tablones que esos dos locos, Oliveira y Traveler (uno más pragmático que el otro), extendieron de ventana a ventana por sobre el hueco de aire y luz (¡qué significativo!) para alcanzarle al primero un poco de yerba mate.

Aquellos eran tiempos cuando nos sumergíamos en las novelas como en un líquido amniótico, acogedor y amenazador a la vez. Excitante.

Eran *esas* novelas... Solo que esas novelas no se limitaban a los nombres que más circulaban, a los etiquetados, los ungidos por la varita mágica de Carmen Balcells. Estaban los otros, los de antes y justo después: Asturias y Carpentier, y Roa Bastos y Guimarães Rosa.

Y poco a poco el feminismo metió la cola. Efectuando una especie de respiración boca a boca, es decir, gracias al «boca a boca», revivió nombres de escritoras que habían quedado en bambalinas. Así, los cuentos maravillosamente crueles de Silvina Ocampo se volvieron rozagantes, y entre varias otras novelas resucitó *La amortajada* de María Luisa Bombal. La gran Clarice Lispector fue arrancada de su elegante *spleen* para recibir los halagos correspondientes. Y muchas más que, a pesar de no haber sido reconocidas como merecían, siguieron produciendo su estupenda obra.

En la década de los sesenta, pleno *boom*, circulaban ondas de insurrección. Había un entusiasmo y un estímulo que hoy parecen haberse perdido para siempre, sumidos como estamos bajo capas de odios y *lawfare*, y posverdad y noticias falsas. Y si bien la literatura, y sobre todo la de las mujeres y los feminismos, está pujante, no es la misma cosa. No como aquella circulación tenaz de una punta a la otra de nuestro subcontinente, apoyados por España y Carlos Barral, y revistas como *Vuelta* y *Marcha* y hasta *Mundo Nuevo*, rutilantes publicaciones periódicas que poco tenían en común con las sobrias revistas-libro, *Sur* o *Ficción*, de alto valor en su tiempo.

Y hasta nuestra revista de actualidad *Primera Plana* se montó a aquel brioso corcel, al punto que Cabrera Infante (el de *Tres tristes tigres*, la más *boomica* novela a decir de Carlos Fuentes) le atribuyó el nacimiento del Boom, ungiéndolo así falsamente argentino.

Los olvidados (que fueron muchos y valiosos) y sobre todo *las* olvidadas del *boom* supieron cosechar sus esquilas a partir de 1960, cuando el foco literario de atención se trasladó de Europa y los Estados Unidos a nuestro tercer mundo tan rico en imaginación, bullente de historias míticas o no. Algunos, algunas, cazaron al vuelo las muy diversas historias, dejándose llevar por el lenguaje, y zarparon a explorar zonas desconocidas. ¿Es este el legado del *boom*?, me pregunto. No necesariamente. Las cosas se dan a veces en simultaneidad. Lo digo por experiencia propia.

La *outsider*, la afuereña, escribió su primera novela estando en Francia, sí, aunque de espaldas al fenómeno literario que se estaba manifestando en sus costas, pero había sido generado ahí mismo, en aquel París que no era más una fiesta, pero tenía lo suyo.

El *boom*!, ese que se escribía con signo de admiración final para resaltar el deslumbramiento abrió un espectro amplísimo (a pesar de sus reconocidos escamoteos) de norte a sur de nuestro subcontinente, desde México a la Argentina, de la Argentina a México con todas las resplandecientes escalas intermedias.

Fue en 1969 en Iowa City (*of all places*), pleno Medio Oeste norteamericano, maicero y cubierto de nieve por meses, que me hice del todo latinoamericana. El Programa Internacional de Escritores me juntó por nueve meses (¡nada menos!), con compatriotas de la Patria Grande: Fernando del Paso, Carmen Naranjo, Carlos Germán Belli, Juan Sánchez Peláez, Antonieta Madrid, Nicolás Suescún, Néstor Sánchez.

En un edificio llamado Mayflower estábamos a la deriva en un mar de estudiantina y ley seca, *confinades* (por así decir y en inclusivo). Mucho se hablaba entonces de la muerte (sobre todo de tedio, pero ese reconocimiento le hacía perder *glamour*), y habiendo expresado vivamente que a esa joven edad la muerte no estaba dentro de mis temas de interés, cierta mañana me despertó el fluir de extrañas palabras y conceptos y me llevó a parir, como en manantial, el que hasta hoy sería un texto de ruptura, *El gato eficaz*, sin duda mi novela más *boomica*, para decirlo de alguna manera.

Más allá del habitual grupo, navegantes de ese barco a la deriva, el ya mencionado Mayflower, había entre nosotros una figura señera a la cual el *boom* le pasó rozando: Fernando del Paso. Vivía en una casita aparte porque estaba con su familia, la entrañable Socorro y su prole de tres. Y en Iowa, Fernando —a caballo entre una y otra era— escribía con parsimonia una novela hecha de cuadros alucinados y alucinantes que en aquel entonces tenía por título provisorio *Cartas a Estefanía* y de la cual solía leernos algunas páginas en trasnoches de deslumbramiento. Esa gran novela, entre joyceana y mexicana pero no tanto, esa innovadora y magnífica novela que llevó años completar, por fin apareció con nuevo título: *Palinuro de México*. Y los *iowotas* de entonces conocimos el enorme privilegio de haberla visto crecer en su adolescencia para celebrarla, ya impresa, siete años más tarde.

Al comenzar la década de los setenta, una vez de regreso en su patria del sur tras aquella inmersión total en la literatura y sus avatares, a esta que se jacta de haber vivido tanto, ¿qué le quedaba por hacer?

Pues ir a radicarse por un tiempo en Barcelona, ¡la cuna ya mecida por los demás del célebre *boom*!...

Consiguió una corresponsalía, alquiló su piso porteño, e instada por el añorado Alberto Cousté partió como quien dice con lo puesto y con su hija preadolescente.

En Barcelona también ejerció su oficio favorito de *outsider*. Fue lectora para Plaza & Janés, ¿o era Planeta? Ya no recuerda, las novelas en inglés que le daban para recomendar le resultaban de una banalidad insostenible.

Vargas Llosa y Pepe Donoso revoloteaban en la estratósfera, Carmen Balcells recibía a la *outsider* de vez en cuando porque era amiga de la tan recordada Nélida Piñón. En el Mini Morris de Albalucía Ángel viajaban cada tanto a

Cadaqués. Mauricio Wacquez, valga la rima, recordado escritor chileno, era un inteligente y generoso amigo y compañero. Como también buena amiga supo ser Cristina Peri Rossi. El *Gato eficaz* fue elegido para el Club del Libro por Alberto Cousté y a los pocos días censurado. Se juntaban con Ana María y Terenci Moix, ocasionalmente con Luis Goytisolo...

Así transcurrió poco más de un año, pululando por eso que podríamos quizá llamar el *subboom* para no salirnos del todo del marco.

Quien a grandes rasgos intenta narrar lo que vivió en esos tiempos, en el 73 emprendió el retorno a sus pagos en *relenti*, con largas etapas. Y de manera inesperada se le fueron abriendo puertas. En París, gracias a Lea Lublin, en casa de Fernando Botero conoció a Carlos Fuentes y Silvia Lemus, embarazada de Carlitos. En México conoció por fin a Julio Cortázar, gracias a Elena Jordana y Stella Calloni.

Cortázar y Fuentes, grandes señores del *boom* y mucho más allá, no le re-tacearían su generosa amistad. La paradoja del haberlos conocido en ciudades cruzadas, Carlos en París, Julio en México, desencadenó el libro que habría de llamarse *Entrecruzamientos. Cortázar-Fuentes*.

La que suscribe regresó de Barcelona a Buenos Aires, tras las diversas y demoradas etapas, arrastrando una novela a medio escribir que habría de titularse *Como en la guerra*. Una novela que era un *ersatz*. Camino a Barcelona, tierra de su abuela materna, la autora soñaba con vivir en el barrio Gótico y tener una dirección que resultara llamativa en el remitente de sus cartas. Calle dels Escudellers, por ejemplo, o Ciegos de San Cucufate. No resultaron muy convenientes para una hija de doce. Hubo de conformarse con vivir allí en la escritura.

Al llegar a casa una vez más, Buenos Aires ya no era más la ciudad que había dejado. Ni remotamente. A los pocos meses murió Perón, la triple A de López Rega se adueñó de las calles, el terrorismo de estado fue moneda corriente, el *¡boom!* se circunscribía a la explosión de la ocasional e inesperada bomba.

¿Cómo reintegrarse?

Pues yendo a los cafés a escribir cuentos repentistas (la definición es de la madre) porque cualquier cosa podía suceder de repente, en un abrir y cerrar de ojos. Así nació *Aquí pasan cosas raras*, que fue publicado al filo de la dictadura cívico-militar más atroz que haya conocido la Argentina.

Pero la vida literaria continuaba.

En otra parte.

En 1979 Nueva York no solo resultó un refugio tras las atrocidades de la Junta Militar que en el 76 había copado el gobierno en la Argentina, también resultó ser el lugar de todos los encuentros y reencuentros.

Hasta allí llegaban las esquilas del *boom*. Compartimos editor y hasta un diálogo público con Carlos Fuentes, Cortázar hacía alguna fugaz aparición, en

el New York Institute for the Humanities, al que me introdujo Susan Sontag, mis debates con Joseph Brodsky (Premio Nobel) eran acérrimos cuando él decía que la censura era mala para el escritor, pero buena para la literatura, y yo, a partir de las atrocidades irracionales de nuestra dictadura, no podía estar menos de acuerdo.

VIVIR PARA CONTARLO...

Abreviando.

1989 signó el retorno definitivo a la patria. Hubo publicaciones antes y después y un camino enriquecido por viajes. Avance rápido y alcanzamos este momento de quiebre. En Nuestra América, como la llamó Martí, y en el mundo. Las redes sociales, la IA, el crecimiento de la posverdad, la aceptación de las *fake news* van transformando la cara de la literatura, su capacidad aclaratoria.

Hoy por hoy ya no sabemos muy bien dónde estamos paradas, si bien seguimos escribiendo, produciendo obra con la esperanza de que las crisis económicas y la falta de papel no nos dejen sin nuestros mejores amigos, los libros impresos.

Pero esta es otra historia.

Alguna vez Cortázar afirmó que para él «un cuento evoca la idea de la esfera, es decir, esa forma geométrica perfecta»...

Hoy la perfecta esfera ha estallado. El globo del *boom* hizo honor a su nombre... Se encienden luces rojas, solo me queda recordar una profecía de aquellos años:

Al final de *Terra Nostra*, la extraordinaria novela épica de Carlos Fuentes aparecida en 1975, la acción se desplaza desde España y América en los tiempos del «descubrimiento» a «la última ciudad» y transcurre en un futuro lejano para la época de su publicación, el año 2000.

En esas páginas, los personajes emblemáticos de las novelas del *boom*, Oliveira, Buendía, Cuba Venegas, Humberto el mudito de *El obsceno pájaro de la noche*, añoran tiempos idos.

Y cito:

Qué lejanas aquellas veladas en el piso más alto de la vieja casa de la rue de Savoie, cuando se reunían todos a beber el amargo mate preparado por Oliveira y la rubia Valkiria lituana ponía tangos en el tocadiscos y servía pisco y tequila y ron, mientras todos jugaban a la Superjoda, una partida de naipes competitiva en la que ganaba el que reuniera mayor cantidad de oprobios y derrotas y horrores. Crímenes, Tiranos, Imperialismos e Injusticias: tales eran los cuatro palos de esta baraja, en vez de tréboles, corazones, espadas y diamantes.

Leo este párrafo y siento escalofríos. Más allá de las feroces dictaduras militares felizmente superadas, hoy en día la gran literatura ya no alcanza para contener tanto discurso de odio, tanta irracionalidad. La pretensión de hacer explotar todo de manera literal.

Y no solo en Nuestra América.

Hoy las redes sociales cada vez más enriquecidas van minando la capacidad de leer entre líneas, de captar las sutilezas del célebre deslizamiento del significado por debajo del significante.

Se impone afilar el lenguaje con nuevas piedras.

Razón de más para agradecer a la gran Carmen Márquez-Montes por esta magnífica oportunidad para revisar el *boom*, sus aciertos y falencias, sus tiempos extendidos hacia atrás y hacia adelante.

Aquí el *boom* nos ha sido devuelto convertido en un *boom/erang*.

Como un arma flamante (flameante) para proseguir la lucha.